

Hombres, ideas y libros

La Política

por Oscar Edwards Bello

PUBLICADA en París en 1923, hace poco llegó a nuestro país una obra de Oscar Edwards Bello que lleva el título: *La Política, Ensayo de una relación de Constancia en los Fenómenos del Universo*. En la Introducción dice su autor que es su intención publicar sobre el tema de la relación de constancia en los fenómenos del universo, cinco libros fuera del presente y que se ocuparán de los siguientes tópicos: religión, raza, placer y amor, guerra, correspondiéndole a la última de estas obras formar un resumen del contenido de todas las demás. Se trata, pues, de un verdadero pandemonium de materias muy diversas.

Comprende este primer tomo la ya citada introducción que se refiere al hecho de que, según Oscar Edwards Bello, lo único absoluto que hay en el universo es la constancia de las relatividades. Está dividida la obra en tres partes que llevan los siguientes títulos: las opiniones, los hechos y las doctrinas. En 290 páginas, el autor no hace sino repetir que la democracia es una pura ilusión y que siempre y en todas partes fué finalmente sustituida por una nueva monarquía, la cual se encuentra igualmente a principios de toda evolución cultural.

La obra está repleta hasta el hastío de citas de hechos y autores clásicos de la antigüedad, citas que hacen sumamente

difícil el control de las opiniones y hechos a que se refiere el autor, el cual es dificultado aún más por ocuparse Edwards a menudo de hechos y personajes mitológicos. En toda la obra no se encuentran los nombres de más que uno, dos o tres filósofos del siglo XIX; los contemporáneos parecen no existir para Edwards.

De interés para los hombres que viven en nuestros días y en esta tierra, son especialmente aquellas partes del libro que contienen una crítica a mi opinión errada sobre el cristianismo y una muy justa sobre los escritores que fueron los predecesores de la revolución francesa. Según Edwards, los cristianos eran durante el imperio romano, lo que hoy en día son los bolcheviques: es decir, una banda de pillos, ladrones, criminales e individuos en todo sentido inferiores. Edwards ni excluye al mismo Cristo. Me parece que este desprecio con que Edwards trata a todo lo que huele a cristiano es debido exclusivamente a un odio innato a la raza a que él mismo pertenece: la judía.

Mayor interés aún merece la última parte de la obra, la cual se ocupa especialmente de Rousseau y de Montesquieu, sometiéndolos a una muy severa crítica, en gran parte justificada.

Edwards expone sus opiniones con gran entusiasmo, y así viene que ellas sean en gran parte completamente erradas y paradójicas. Para no citar sino unas pocas: p. 265: «Si el arte ha desaparecido en la edad media es porque toma demasiado tiempo y no existe quien remunerare ese mucho tiempo» (El arte gótico le pertenece sin duda a lo más grandioso que ha producido el genio humano y forma un poderoso argumento contra la tesis de Edwards que sin capital no puede haber arte. La verdad es precisamente lo contrario: el capitalismo le ha muerto al arte.) p. 273: «El capital es la cosa más altruista que hay en el mundo» (!); p. 272: «Las maquinarias de toda especie... han dignificado su trabajo (el del hombre) haciéndolo más liviano y llevadero». (En vez de decir que la máquina ha convertido al hombre en otro ser no menos mecanizado y materializado); p. 272: «Una Singer o un Ford son dignos de ser reverenciados por los pueblos como antes se divinizaba a los héroes y más

dignos de ser santificados que muchos de los que se dieron a contemplar a Dios sin comprenderlo» (Díme con quien vas...) Pero aquí hay una equivocación estupenda sobre lo que es la dignidad humana. Los verdaderos genios de la humanidad jamás pueden ser hombres, cuyo único mérito consiste en hacerles más liviana la vida a otros. Nuestra civilización actual se preocupa, efectivamente, casi exclusivamente de los *medios* de la vida, pero la verdadera cultura no puede consistir en producir nuevos medios, sino en crear valores eternos. Miguel Angel, Goethe crearon obras imperecederas y de ningún valor material. Ford sólo les hace posible la movilización rápida a personas de escasa fortuna. Aquéllos crearon valores culturales, éste inventó medios de transporte y entre ambos mide la vida cultural y la civilización); p. 277: «...las grandes acciones de la historia han tenido por protagonistas a individuos que recién salían de la niñez.» (De aquí deduzco que Oscar Edwards Bello debe ser muy joven todavía...)

A la obra de Oscar Edwards Bello le falta, en primer lugar, método. Queda uno admirado de la infinidad de citas de la antigüedad que se encuentran en ella. Pero hay que preguntarse: ¿De qué sirve todo ese aparato enorme aglomerado sin ningún orden a través de casi 300 páginas? Habría valido más exponer las tres o cuatro ideas que contiene el libro en unas 60 páginas de igual tamaño y con mayor orden. Obras de la índole de la presente, destinada a formar seis volúmenes, no deben presentarse en esta forma: hasta le falta el índice.

Compárese con ella otro libro de ideas parecidas: «España invertebrada», por José Ortega y Gasset. En él, su autor nos presenta en forma clara, ordenada y concisa, una multitud de ideas incomparablemente mayor que la de que dispone Oscar Edwards Bello. Y todo eso en unas escasas 180 páginas de pequeño tamaño.

Y no se crea que las ideas de Edwards sean originales. Una por una se encuentran ellas en la filosofía moderna, principiando por Nietzsche; el cual criticó en forma semejante al cristianismo. La idea fundamental de Edwards, aquella de que en nuestras re-

públicas vendrá un nuevo cesarismo, es la misma que nos presenta Oswald Spengler, cuyo estudio sería de gran provecho para nuestro autor: le presentaría la situación histórica a que él se refiere en una forma bastante superficial, con todos sus detalles y matices.

Para resumir nuestra crítica, terminaremos diciendo que Oscar Edwards Bello es un autor que promete llegar a mayor claridad y profundidad, una vez que haya llegado a mayor edad. La presente obra nos parece haber sido escrita por un adolescente.

C. K. R.

Santa Juana

Por Bernard Shaw

SI me preguntáis cuál entre los poetas modernos es el más genuino representante de nuestra época, os citaré en primer lugar el nombre de Bernard Shaw. He ahí «Hombre y Superhombre», «Mayor Bárbara», etc., obras en que están condensadas las ideas representativas del siglo XX. Y a ellas hay que agregar una nueva, una «crónica dramática», como la llama su autor, representada por primera vez a fines del año 23: «Santa Juana».

Es ella quizás la primera tragedia que se haya escrito con el exclusivo fin de hacer historia. Shaw la ha acompañado de un prólogo que es de casi la misma extensión de la obra y en que expone sus ideas sobre la vida y el carácter de la nueva Santa (Juana de Arco fué canonizada el 16 de Mayo de 1920), y—lo que es mucho más importante—en que somete a una severa crítica todo lo que han escrito los historiadores y poetas sobre una de las más importantes heroínas de la historia universal.